

FORMULAS Y OPINIONES

I

La amistad, en la joven, es más que un solaz y más que un consuelo: es una introducción a la vida.

*

La congénita falta de lealtad de la mujer se limitaría a constituir un vicio sin interés si, por su facultad de conciliación con el cariño, el amor, el respeto, no atestiguara una sensibilidad de organización extremadamente compleja y de insospechada riqueza para el estudioso. La mujer no deja de querer porque engaña: capital y apasionadora verdad.

*

La mujer honesta sufre mucho al tener que realizar (y las más de las veces no realiza) que el amor ilícito puede no ser venal.

II

El dolor que menos piensa es el dolor que llora.

*

La frivolidad no consiste en ocuparse sólo de cosas frívolas, sino en tratar frívolamente las cosas que no lo son.

*

La indignación es la más peligrosa de todas las formas de la cólera: es la cólera consciente, asentida, felicitada.

*

Invirtiendo la máxima de la Rochefoucauld acerca de la hipocresía, se puede decir de cierto cinismo que es un homenaje que la virtud rinde al vicio.

*

El precepto cristiano: "No hagas al prójimo lo que no quisieras que él te hiciera" es excelente como cualquier consejo de inacción, pero insuficiente si no se completa con este otro: "No hagas al prójimo lo que quisieras que él te hiciera". (¿Quién te dice que sus gustos son los tuyos?)

*

La sociabilidad es el arte de abdicarse en común.

III

La Argentina es el único país latino donde, en el hombre, el culto de la elegancia vestimentaria no significa afeminamiento y flojeza. Masajes, depilaciones, manicuras, tiempo despilarrado ante el espejo, pelo achatado por el cepillo y la gomina hasta la negación de todo volumen propio, incalculable variedad de crujientes camisas, multicolores corbatas, geométricos sacos e infalibles pantalones, no estorban en nuestros "niños bien" los tórax más robustos y los vás valerosos bíceps. La piscina, por ejemplo, nos descubre a menudo, inesperadamente, cuerpos de una firmeza, de una severidad, de una dignidad admirables.

*

No hay por el momento más que dos estilos decididamente argentinos: uno hablado, el de las más de nuestras mundanas, con su extraordinaria pobreza de vocabulario, la reducción de este último a lo estrictamente afectivo y su distribución exclusiva por categorías opuestas (¡qué cosa regia!—es un opio: ¡qué monada!—es un fenómeno. . .), y uno escrito, el de la mayoría de nuestros "intelectuales", bien caracterizado por el largo injustificado y penoso de las frases (la frase larga puede serlo obligatoriamente, como en Proust, o elegante, elocuentemente, según una tradición española que no hay por qué desoír, pero que hay que saber escuchar); por la ausencia de

precisa y apretada (1) trama lógica; por el empleo, en fin, a menudo disparatado, las más de las veces impropio, y si no pedantesco, torpe, insoportable, de ciertos vocablos estimados de gran efecto, casi siempre neologismos polisílabos. El comentario de cinco o diez líneas que en los programas de ciertos cinematógrafos sigue al título de cada cinta (2) da una idea caricatural, pero significativa, de este modo de estilo. Muchos de nuestros literatos, muchos de nuestros "grandes hombres" escriben como Courteline y la tradición francesa hace hablar a los vigilantes o "gardiens de la paix".

Esta manía de escribir "en difícil", según la expresión vulgar (en impropio, en absurdo, en falso debería decirse) es vicio común, en verdad, a todos los semisabios del mundo; sólo en la Argentina incurren en él hasta personas acostumbradas, por otra parte, en cuanto atañe a pensamiento, a la más severa probidad, o dotadas de gusto y rectitud de juicio en materia artística; sólo en la Argentina también ese galimatías posee una organización y ha conseguido una fijeza de límites capaces de imponerlo como modelo, de quitar cualquier libertad, cualquier personalidad a quienes lo usan, de comunicarles a todos un estrecho y singular parentesco.

No tengo para qué recordar aquí que el estilo a que me refiero no representa otra cosa que una pereza (o incapacidad) disciplinada y exaltada; que la precisión, la concisión, son virtudes harto delicadas; que la claridad y naturalidad, por fin, constituyen, sobre todo cuando el pensamiento es abstracto o sutil, la más ardua como la última, definitiva etapa de nuestros escritos. "Le naturel", decía France, "c'est ce qu'on met en dernier."

Todo lo cual, en cuanto a prosa solamente. Todo lo cual, también, sin que obste a que, con toda su terminología, considere a Borges como nuestro mejor estilista.

NÉSTOR IBARRA.

(1) En francés, cuidar el estilo se dice: "serrer le style".

(2) Ejemplo: "En este drama de hondo derroche artístico, la protagonista XX... logra evidenciar con todo criterio el fiel reflejo substancial de la obra".